



Rinoceronte

p a r t i r Revista de Cultura

c o n t i n u a r

c o n t a r

e n s a y a r

l e e r - r e l e e r

c e l e b r a r

06

quiénes somos · contacto

SU- ma- rio

Diseño *Paula Ripesi*
paula.rip@gmail.com

Ilustraciones:

*Para este número seleccionamos graffitis
descargados de Pixabay*

Contar

Juan Pawlow

Utopía.

Horacio Quiroga

Humo y utopía.

Juan Pawlow

La señorita leona.

Partir

Gabriela Cuomo

Poesía-Ficción.

Continuar

Patricia Martínez Bin

**Entre la autonomía
del instante y la presencia
latente de la historia
colectiva.**

Ensayar

Daniel Ripesi

Quién fue el primer soñador.

Leer- Releer

Rodrigo Nieto

**La realidad insoportable: Eliot, Borges y las
distopías.**

Celebrar

**Celebramos la presentación pública de la revista
Rinoceronte el 29 de agosto de 2025.**

Palabras de Luis Gusmán.

La yapa

Chiara Ripesi

Payasos del pueblo

Agradecimientos

– A Luis Gusmán, por su generosidad al compartir un texto sobre las revistas literarias para la presentación de *Rinoceronte*.

– A Raquel Robles, quien nos autorizó a compartir en *Rinoceronte* parte del material del panel realizado en el Espacio Memoria y Derechos Humanos de la ex ESMA, en el marco de la primera Feria del Libro de Derechos Humanos. En esa ocasión tuvo lugar la mesa titulada “*Mundos imaginarios. Mundos reales*”, en la que sus participantes —Lucio Greco, Juan Diego Incardona y Luis Gusmán, con la moderación de Raquel Robles— conversaron sobre los límites y alcances de la ficción como instrumento de denuncia.

Editorial

Ficciones, utopías y distopías

El graffiti es una escritura de lo efímero que interrumpe la superficie de la ciudad para abrirla a otros relatos. Como toda ficción, inventa un mundo posible: una protesta, un deseo, una memoria o una utopía. Allí donde la pared parecía muro, se vuelve página; allí donde reinaba el orden, aparece la grieta. El graffiti inscribe lo colectivo en lo cotidiano, convierte al espacio urbano en un territorio narrado y en disputa. En este número, dedicado a ficciones, utopías y distopías, elegimos estas imágenes porque en ellas la ciudad se revela como archivo abierto de la imaginación popular.

En Contar de Pawlow, la utopía no llega con estridencias. Se descubre en un cuarto cerrado, en los ojos rojos de una mujer que acaba de dejar todo atrás. No está en la ciudad nueva ni en los edificios que se levantan hacia el cielo, sino en la mesa humilde, en el vapor de un plato servido a tiempo. Ese calor sencillo basta para abrir un resquicio frente a la intemperie. A veces la esperanza cabe entera en un gesto que apenas alcanza para sostener la vida, mientras

que el retorno a lo natural, como en la fábula de Quiroga, expone el reverso inquietante de lo utópico: ese borde en que el anhelo se confunde con el espanto.

Para Gabriela Cuomo las derivas poéticas de la relación con eso que llamamos realidad diluyen los límites de lo que entendemos como ficción. En un recorrido que nos lleva a Pessoa, que conversa con Freud con Malusardi y Negroni ubica que entre poesía y ficción se roza algo que ilumina lo vivible.

Entre la autonomía de cada instante y la latencia de la historia colectiva, se abre un espacio donde lo vivido, lo olvidado y lo supuesto se entretajan. Allí la ficción no se opone a la verdad: la persiste, la reescribe, entre invención y repetición la ficción es más persistente que la carne.

Daniel Ripesi propone mirar ese espacio como un intervalo más que como una frontera: un “entre” donde realidad y ficción no se contradicen, sino que negocian sus límites. Borges, Saer, Lapoujade, Freud, Pessoa: en distintos registros, los textos aquí reunidos habitan esa zona inestable en la que lo verdadero se vuelve inseparable de lo inventado.

Para Rodrigo Nieto que lee y relee a Eliot; “La humanidad no soporta mucha realidad.”

Si la utopía abre la posibilidad de lo que aún no existe y la distopía advierte sobre lo que amenaza, ambas se inscriben en la misma operación: pensar mundos posibles.

En esa tensión —entre lo que es y lo que podría ser, entre lo que persiste y lo que se pierde— se juega no solo la literatura, sino nuestra propia experiencia de lo real.

Leer, escribir, pintar las paredes. Este número es una invitación a recorrer esos intervalos entre realidad, ficción, poesía, lo que es y lo que podría ser o habrá sido.

Patricia Martínez Bin.

NOWE
PAŃSTWO
KOŚCIELNO
POLICYJNE

ZAKAZA
WSZYSTKIEGO

ODPOWIEDZIA
NA WSZYSTKO



Contar

Juan Pawlow

Cuesta un poco imaginar quién habrá sido el primero en tener la idea -o la necesidad- de “volver a la naturaleza”. Pero a la hora de imaginar, podemos hacerlo.

Pensemos entonces en un joven nacido y criado en una población nómada que por ciertas circunstancias llega a habitar un asentamiento de agricultores. En esas circunstancias debe haber seguido una rutina de trabajo exigente: mover tierra, quitar piedras, acarrear agua, lidiar con herramientas rudimentarias y, tal vez, al final del día, se haya alimentado con alguna comida caliente.

Ese muchacho en algún momento, cuando la rutina comenzaba a pesar, habrá imaginado en volver a su estado anterior, con su gente, caminando kilómetros hasta dar con una buena caza o con el bosque que escondía preciosos frutos. También habrá recordado que algunos días la caza era escasa, pesca no había, y para llegar al agua habría que andar kilómetros hasta arribar a lo que fuera un espejo de agua y que en ese momento la sequía había transforma-

do en un lodazal con algún pocito de agua en lo recóndito. Habrá sentido sed y hambre pero también una libertad que se ahogaba en ese rudimento de pueblo al que había llegado. ¿Habrá pensado en volver al nomadismo? No sabemos.

Por otro lado podemos imaginar otra cosa. Imaginemos los comienzos de la revolución industrial y su avance implacable, la necesidad de mano de obra que hizo que miles y millones de campesinos, durante los siglos XIX y XX, fueran dejando los campos y poblando las ciudades informes, cobijándose casi debajo de las humeantes chimeneas de las fábricas.

¿Habrán pensado en “volver a la naturaleza”? Tal vez no, pero seguro que en muchas de sus noches volvían a ver en sueños el cielo límpido del campo, volvían a ver las estrellas que el humo de la fábrica velaba noche y día.

Esta sección se ocupa de una utopía, una ficción, que hoy continúa vigente (tal vez una aspirina ante el malestar en la cultura). Invito al lector a poner en cualquier buscador de internet “Volver a la naturaleza” y comprobar la fascinación que esa idea aún ejerce.

Publicamos un bello cuento de Horacio Quiroga “La señorita leona”, que tiene la virtud de revelar que lo que se anhela en lo animal es también lo que espanta al humano.

El otro es un relato breve, de mi propio hacer, en el que la utopía se realiza a contramano de la naturaleza.



La señorita leona.

Horacio Quiroga

Una vez que el hombre, débil, desnudo y sin garras, hubo dominado a los demás animales por el esfuerzo de su inteligencia, llegó a temer por el destino de su especie.

Había alcanzado ya entonces las más altas cumbres del pensamiento y de la belleza. Pero por bajo de estos triunfos exclusivamente mentales, obtenidos a costa de su naturaleza original, la especie se moría de anemia. Tras esa lucha sin tregua, en que el intelecto había agotado cuanto de dialéctica, sofismas, emboscadas e insidias caben en él, no quedaba al alma humana una gota de sinceridad. Y para devolver a la raza caduca su frescura primordial, los hombres meditaron introducir en la ciudad, criar y educar entre ellos a un ser que les sirviera de viviente ejemplo: un león.

La ciudad de que hablamos estaba naturalmente rodeada de murallas. Y desde lo alto de ellas los hombres miraban con envidia a los animales de frente en fuga y sangre copiosísima, correr en libertad.

Una diputación fue, pues, al encuentro de los leones y les habló así: —Hermanos: Nuestra misión es hoy de paz. Óigannos bien y sin temor alguno. Venimos a solicitar de ustedes una joven leona para educarla entre nosotros. Nosotros daremos en rehén un hijo nuestro, que ustedes a su vez criarán. Deseamos criar una joven leona desde sus primeros días. Nosotros la educaremos, y el ejemplo de su fortaleza aprovechará a nuestros hijos. Cuando ambos sean mayores, decidirán libremente de su destino.

Largas horas los leones meditaron con ojos oblicuos ante aquella franqueza inhabitual. Al fin accedieron; y en consecuencia se internaron en el desierto con un hombrecito de tres años que acompañaban con lento paso, mientras los hombres retornaban a la ciudad llevando con exquisito cuidado en brazos a una joven leona, tan joven que esa mañana había abierto las pupilas, y fijaba en los hombres que la cargaban, uno tras otro, la mirada clarísima y vacía de sus azules ojos.

Un día hablaremos del hombrecito. En cuanto a la leona, no hay ponderación bastante para los cuidados que se le prodigaron. La ciudad entera veía en el débil ser como un extraño y divino Mesías, del que esperaban su salvación.

Se crió y educó a la salvaje y tierna pupila con el corazón palpitante de amor. No informaban las gacetas de la salud del rey con tanta solicitud como de los progresos de la joven fiera. Ni los filósofos y retóricos se esforzaron nunca en iniciar un alma como aquella en los divinos misterios de su arte. Ciencia, corazón, poesía, todo se

esperaba de ella. Y cuando la señorita leona vistió su primer traje largo para ser presentada oficialmente a la ciudad, los periódicos interpretaron fielmente, en sus crónicas exaltadas, el corazón del pueblo.

La joven leona aprendió a hablar, a moderar sus movimientos, a sonreír. Aprendió a vestir ropas humanas, a sonrojarse, a meditar con la barbilla en la mano. Aprendió cuanto puede y debe aprender una hermosísima hija de los hombres. Pero lo que aprendió, sobre todas las cosas, fue el divino arte del canto.

No podemos nosotros darnos ahora cuenta cabal de la seducción, del chic y la gracia de una joven leona vestida como una hija de los hombres, que debuta en un salón, sonrojada de timidez.

Porque nunca, en efecto, las más íntimas finuras del corazón humano habían hallado tal órgano de expresión vocal. ¿Fluidez de un alma virgen, sorprendida por la poesía desde su primer albor? ¡Quién lo sabe! Y nadie menos que la divina criatura, pues es ocioso advertir que la educación había hecho de ella una humana adolescente, con todas las ideas, ternuras y modalidades de la mujer.

Entretanto, como en los tiempos de su primera infancia, la señorita leona solicitaba sobre sí la atención pública. Era ella la esperanza de todo un pueblo, cada anuncio de un concierto suyo despertaba en el corazón de la ciudad tumultuosas albricias.

Ya desde la primera nota, los habitantes reconocían estremecidos su propia alma humana exhalada en aquella voz. ¿Cómo la salvaje criatura podía expresar así, mejor que ellos mismos, el lirismo, las esperanzas y los sollozos de un alma ajena a ella?

“Un alma que no poseía...”

Esta llegó a ser, poco a poco, la impresión de la ciudad... Reconociósele supremo arte; pero no era la asimilación de sus ensueños lo que los hombres habían buscado al criar en su seno a la joven leona. No. Esperaban de ella frescura ingénita, sinceridad salvaje, grito de libertad, cuanto en suma había perdido el alma humana en su extenuante correría mental.

Exclusivamente “humana”: tal era la excelencia de su voz. Y se le exigía más que esto.

También a este respecto las gacetas expresaron el sentimiento general:

“Un nuevo triunfo alcanzó anoche en su concierto la suprema artista, y no podríamos ahora sino repetir las alabanzas constantemente prodigadas en su honor. Sin embargo, interpretando la impresión popular, siempre tan fervorosamente adicta a nuestra pupila, procede declarar que deseáramos oír en su divina voz una nota, una sola nota de íntima frescura que acuse su personalidad. Ni uno solo de sus más hondos acentos nos es desconocido. Hasta hoy, la eximia artista ha interpretado magistralmente al alma humana; pero nada más que esto. Sobrada ‘humanidad’, nos atre-

veríamos a decir. El fresco y libre grito de su alma extraña, sincero y sin trabas, es lo que aguardamos ansiosos de ella”.

Sin esfuerzo podemos creer que fue ese golpe el más inesperado e injusto con que podía soñar la delicada artista.

—¿Qué he hecho —sollozaba— para que me traten así?

—No tiene usted la culpa —consolábanla—. Su voz es siempre tan pura como su corazón, y todos sufrimos ahora como ayer su encanto. Pero... tiene alguna razón el pueblo. Falta un poco de sinceridad a su acento. Usted canta adorablemente; mas la pasión de su voz es la de una mujer.

—¡Pero yo soy mujer! —lloraba la desconsolada criatura.

Temblando de emoción subió al estrado de su nuevo concierto. Mas por bajo de los aplausos correctísimos de siempre, pudo sentir el corazón retraído de la ciudad.

—¿Cómo es posible —le observaron— que no nos dé usted una nota agreste de la inmensa y libre expresión, el salvaje acento de su raza, y que nuestra especie ha gastado ya e ignora desde miles de años? Déjese ir libremente por sus ensueños cuando cante; olvide todo lo que ha aprendido de nosotros, y nos dará usted una pura y suprema nota de arte.

—No... No puedo... ¡No puedo...! —sacudía la cabeza la artista.

La ciudad entera acudió otra vez a oír a la joven, ante la esperanza de un milagro; sabíase la ardiente solicitud que la rodeaba.

Trémula e incierta, la joven comenzó a cantar. Sintió, mientras cantaba, el aliento de la ciudad suspenso de su voz, y recordó las esperanzas en ella cifradas. Cerrando los ojos, borró con supremo esfuerzo de su memoria la hora presente; un soplo cálido barrió su alma como un vendaval, y la joven volcó en una nota suprema la pasión despertada.

La sala quedó helada: aquella nota de pasión había sido un “rugido”. Pura e incontestablemente, la joven había rugido.

Más sorprendida y espantada de su propia voz que todos:

—Lo hice sin querer... —sollozaba—. ¡No sé qué me pasó...!

Si bien mortalmente desengañada de la artista, la ciudad ofrecióle en un concierto extraordinario, la ocasión de echar un velo sobre aquella infausta velada. Pero cuando la cantante, dominada por su arte, tornó a abrir cuan grandes eran las aherrojadas puertas de su alma, rugió otra vez.

Ya no era posible más. La ciudad deliberó —si bien con el corazón desgarrado—, fríamente:

Lamentamos haber puesto en un ser ajeno a nosotros las esperanzas de nuestra raza. Hemos criado, con más calor que a nuestros

propios hijos, una criatura extraña. Hemos infundido en su alma las más excelsas cualidades del alma humana. Y cuando hemos exigido de su voz la suprema nota de sinceridad y frescura... ha rugido.

Y acompañaron hasta las puertas de la ciudad a la pobre criatura, que caía a cada instante implorando piedad con las manos juntas.

Ya había cerrado la noche. La joven caminó como una autómatas, internándose en el desierto, hasta que el viento caliente que pasaba en la oscuridad azotándole los cabellos, le hizo abrir los ojos. Su nariz dilatose entonces ampliamente a los vahos agresivos que le llegaban sin roces quién sabe desde dónde, y deteniéndose, vuelta a la ciudad, se desvistió. Quitose el traje, todo cuanto había disimulado hasta ese instante su condición primera, hasta quedar desnuda. Y plantándose entonces con la cola rígida y los duros ojos fosforescentes, la leona rugió.

Durante largo rato, sola y como alargada por la tensión de sus ijares, rugió hacia la ciudad decrepita, hundiendo los flancos hasta el esqueleto, como si en cada rugido cantara, libre y sin trabas por fin, la voz pura y profunda de sus entrañas vírgenes.



JOE IURATO
NO LIMIT BORN 2015

Humo y utopía

Juan Pawlow

Nadie dormía aquella noche.

La inminencia del arribo a puerto se sentía en el aire la última noche de travesía en el sector de la tercera clase. Casi nadie permanecía en los pequeños camarotes, todos se apiñaban en los espacios comunes.

Pero no solo el fin del viaje -y la llegada al nuevo mundo- provocaba aquella agitación, había aún otra fuente de inquietud que sumaba tensiones. El barco había disminuido su marcha hasta quedar completamente inmóvil, mientras las sirenas y bocinas sonaban frenéticas, por lo tanto, los pocos que habían mantenido la calma

y hubiesen preferido dormir la última noche, tampoco podían hacerlo. El ruido era ensordecedor.

Los oídos atentos lo habían percibido antes: la primera bocina que se escuchó no fue la del barco propio, fue la de otro barco que se acercaba, y cada vez se hizo más presente, hasta que ambos navíos parecían competir cara a cara con sus bramidos.

Y allí estaban, detenidos, ahí, a poco de comenzar la “vida americana”, estaban inmóviles, mientras crecía la inquietud. Los niños lloraban, algunas mujeres también aparecían con sus ojos rojos, en la voz de los hombres -pequeña muestra de una Babel de Mitteleuropa, que años después se replicaría las tardes de verano en la vereda de la casa de los abuelos- también se notaba la inquietud.

Por supuesto que el personal del navío no perdía el tiempo en dar explicaciones a la gente de la tercera clase, estaban concentrados cada uno en su puesto ante la contingencia.

Pero, entre los pasajeros de la tercera clase, había un joven (la abuela no recuerda el nombre, cree que le decían Josef) austriaco que tenía facilidad para aprender las lenguas del mundo, una curiosidad implacable y una simpatía que franqueaba cualquier barrera. Con estas habilidades desde el comienzo del viaje pudo moverse casi a voluntad por cualquier lugar del barco. Por supuesto que en aquella ocasión se encargó de averiguar qué es lo que

estaba sucediendo. Estuvo algunos minutos merodeando y llegó a cubierta, habló con uno y con otro pero esa vez no fue bien recibido y tuvo que retornar pronto. Lo que dijo al volver -lo repitió en varios idiomas-, fue:

-La niebla. Al estirar mi brazo no pude ver mi mano.

Pero al fin la niebla se disipó y entonces sí pudo observarse lo cerca que estuvieron de una colisión con el otro barco. A poco de retomar la marcha -y en medio de un mar marrón, que sorprendía a los incautos, cómo si navegaran en medio del barro-, comenzaron a divisar la estructura del por entonces edificio más alto de Sudamérica que aún estaba en construcción. Y al fin llegaron a puerto.

Allí la abuela se encontró con un hombre que no veía desde hacía tres años, era un hombre de su aldea, respiró aliviada, al menos él había cumplido la palabra y la había esperado como prometió dos meses antes en la última carta.

El hombre -el abuelo- la condujo a la pensión de Nueva Pompeya en dónde vivirían algunos meses.

La mañana siguiente se despertó muy temprano, él se iba a trabajar.

A poco de que él se fuera, sobresaltó el pitido que marcaba el inicio de las operaciones de la fábrica.

Durante el día no salió del cuarto, no vio la luz del sol. Estuvo encerrada recordando los prados de Ucrania (caprichos de la memoria: en ningún momento recordó la guerra, ni el hambre), y no dejaba de tener en su memoria el aroma de los campos y el bosque linderero luego de la lluvia, que contrastaba con el olor ácido de la curtiembre vecina. Lloró gran parte del día.

Cuando el hombre volvió, abrió la puerta y ella entonces se asomó con sus ojos rojos y no alcanzó a ver el cielo. Pensó en que había vuelto la niebla, pero él le aclaró que no era eso, era el humo de las fábricas.

Cómo toda la tarde, volvió a echarse en la cama pensando ¿qué hacía allí? Con ese pensamiento se quedó dormida un ratito más.

Poco tiempo después el hombre la despertó. Había preparado un plato abundante de comida caliente.

Allí su pregunta encontró respuesta: un plato de comida caliente. Lo que, aún hoy, para muchos, sigue siendo una utopía.



Partir

Gabriela Cuomo



Poesía-Ficción

Pessoa (1982) dice que el poeta es un fingidor:

*Finge tan completamente
Que hasta finge que es dolor
El dolor que de veras siente.
Y quienes leen lo que escribe,
Sienten, en el dolor leído,
No los dos que el poeta vive
Sino aquél que no han tenido.*

Los debates teóricos sobre la relación entre poesía y ficción, el lugar de lo autobiográfico y lo autoficcional en el poema, la reducción de lo lírico a una expresión emotivo-subjetiva; pueden iluminarse desde algunas ideas freudianas. Especialmente desde aquellas que bordean el problema de la tensión/disyunción entre realidad empírica y realidad psíquica, a la hora de valorar la autenticidad de lo que los sujetos relatan como sus recuerdos, su historia. Freud nos advierte que naufragamos en la distinción entre lo verdadero y lo falso, cuando olvidamos que entre realidad e invención no existen diferencias inconmensurables. (Freud, [1916-1917], 2005)

Detrás de las ficciones, ilusiones, que pueblan nuestra condición humana se esconde, dice Freud, el deseo. Deseo impulsado por el desvalimiento inaugural con el que somos arrojados a la existencia. (Freud, 1927, 2007) A partir de allí, nuestra relación con la palabra es el ejercicio permanente de la poiesis.

En Todo cicatriza menos la infancia (2024), María Malusardi, hace de la infancia ficción poética, ¿qué otra cosa puede hacerse con lo opaco del origen?

“Como no entiendo la infancia y sus derrames destinos derrotos sometimientos antojos caprichos sueños impaciencias. Como no entiendo. Menos que menos sobre lo que seré después, desproporcionada y herida. Invento situaciones para alguna vez nombrar. Invento la posibilidad de nombrar sin éxito. Lo

dejo, entonces, para después. Para cuando sea posible el verso. Y la distancia (...) Si no sucede, lo invento. Invento que sucede. Escribo lo que no sé decir. Aún no son palabras. Sino nubes de aliento. O música. Se llama depuración verbal, punzón sobre la memoria. Escarcha del vespertino soñar. El gesto prehistórico sobre la piedra para darle envergadura al recuerdo. Color, brillo, espesor. Siempre en la orilla. Escribiendo en la arena lo que se pierde en los ojos”.

María Negroni abre *El corazón del daño* (2023) con una advertencia.

“La literatura es la prueba de que la vida no alcanza, dijo Pessoa. Puede ser.

Más probable es que la vida y la literatura, siendo ambas insuficientes, alumbren a veces - como una linterna mágica- la textura y el espesor de las cosas, la asombrada complejidad que somos. (...) No sé si logré morder lo que buscaba.

(...) ¿No dijo Emmanuel Hocquard que lo que importa en todo artista es un problema gramatical, no un problema de memoria?

Me queda el consuelo de haber dejado cosas sin aclarar, algo que fructifique en el futuro como esas profecías que tardan años en ser alcanzadas.

A ese futuro, que puede estar en el pasado, lo apuesto todo. No existe más fidelidad a los hechos que equivocar el rumbo o divagar”.

Escribir en la arena lo que se pierde en los ojos. Morder lo que se buscaba. Equivocar el rumbo, divagar. Las derivas poéticas de la relación con eso que llamamos realidad diluyen los límites de lo que entendemos como ficción. Allí donde, como dice Lispector (2012) “(...) todo lo que llamamos «natural» es, en última instancia, sobrenatural (...) todo lo que existe lo hace por algún tipo de magia”.

Referencias

- Pessoa, F., *El poeta es un fingidor. Antología poética*, España, Cátedra Ediciones, 2018.
- Freud, S.(1916-1917), “23a conferencia. Los caminos de la formación de síntoma”, *Obras Completas*, t. xvi, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- Freud, S.(1927), “El porvenir de una ilusión”, *Obras Completas*, t. xxi, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.
- Malusardi, M., *Todo cicatriza menos la infancia*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Las Furias, 2024, p. 15, p.56.
- Negroni, M., *El corazón del daño*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Random House, 2023, pp. 9-10.
- Lispector, C., “Clarice conferenciante”, *Donde se enseñará a ser feliz*, Buenos Aires, Grupal; Madrid, Siruela, 2012, pp. 161-162.

Entre la autonomía del instante y la presencia latente de la historia colectiva.

Desde siempre —y tal vez para siempre, mientras haya quien cuente— se inventan mundos. En el mundo antiguo, el héroe marchaba hacia su destino como si los dioses o la historia lo empujaran; hoy, como en la novela moderna, los personajes caminan sin mapa, tanteando entre las ruinas de un sentido que ya no existe.

La épica se aferraba a una trama mayor. Los hechos no eran sólo hechos, sino piezas de un destino escrito de antemano. Hoy, los instantes pesan por sí mismos, a veces tan livianos como una hoja cayendo en otoño, a veces tan densos como una mirada inolvidable. La gran Historia se repliega en las sombras, no desaparece; se filtra en los gestos mínimos como una corriente subterránea que, tarde o temprano, vuelve a la superficie.

Lukács habló de vidas desarraigadas, arrojadas a un mundo disperso. Auerbach mostró que lo trivial puede sostener el centro de una narración. Ya no hay un hilo único que organice la experiencia, sino fragmentos, restos, contingencias.

Entre esos fragmentos late la tensión entre la autonomía del instante y la presencia latente de la historia colectiva. En un día cualquiera, en ese andar cotidiano, el pasado resuena inesperado, mientras que el futuro, siempre incierto, puede comenzar en ese instante o quedar condenado al silencio.

En Misiones 1936, la Historia y la ficción son fibras del mismo tejido. Lo ocurrido, lo vivido, lo olvidado, lo supuesto y lo sospechado son como esos huesos que la selva desentierra de vez en cuando, ofrendas testimoniales que resisten al tiempo.

No se disputa la verdad, sino qué logra persistir. Porque, como dice la novela, la ficción es más persistente que la carne.

Los invitamos a recorrer la novela por entregas. Hoy compartimos el primer capítulo.

Misiones 1936

Capítulo 1

El hombre llega al pueblo una tarde de calor espeso. La fecha no es casualidad, el calendario marca 15 de marzo. Nadie recuerda haberlo visto antes, pero tampoco parece un forastero. Camina como si conociera las calles, como si supiera que en la plaza los bancos de cemento queman hasta bien entrada la noche y que en la iglesia, detrás del altar, hay una puerta que no lleva a ninguna parte. No pregunta por alojamiento ni por trabajo. Se sienta en el bar que está cerca del cementerio, donde las conversaciones apenas suben de tono y los hielos en los vasos duran menos que la luz de un relámpago. Pide un café y espera.

Los parroquianos lo observan sin mirarlo. Así sucede en los pueblos, están todos pendientes del recién llegado que interrumpe la rutina de los días, en cada mesa está el que tiene que estar hasta que Dios mandé y la mesa que eligió el visitante debería estar desocupada hasta las 17.15, hora en que el negro López viene a apurar una cerveza helada sin hablar con nadie.

La tarde entra a correr en tiempo de espera. Conocen ese tipo de espera. La reconocen en las cosechas, en el río que baja con más caudal de lo normal, en la radio que amanece con interferencias. La llegada del hombre alteró los ritmos. El negro López mira desconcertado su mesa ocupada y se dirige al fondo del bar, hosco, desconfiado, molesto.

El dueño del bar se seca las manos con un trapo húmedo y le dice:

—Si va a preguntar por ellos, no tiene sentido.

El hombre levanta la vista.

—¿Ellos quiénes?

—Los que nadie nombra.

El hombre esboza una sonrisa, pero no responde. A través de la ventana ve el mural que pintaron en la pared del cementerio, el cielo denso y un perro que cruza indiferente por la calle.

—Los nombres se olvidan, pero la historia no —dice el dueño del bar, sin que nadie le haya preguntado.

—Será, ... pero a mí me persiguen los nombres—dice el hombre que

saca un cuaderno del morral que tiene colgado en la espalda de la silla. Pasa páginas con lentitud, a sabiendas de buscar lo que está escrito en alguna parte, entre dibujos, recortes de diario pegados y anotaciones. La tarde va oscureciendo. Afuera, los insectos golpean contra los faroles, en un intento perpetuo de derribar la luz. Se detiene en una foto borrosa.

En la siguiente página hay un dibujo: hombres y mujeres a caballo avanzan por un camino estrecho, entre la espesura del monte. Se ve la tensión en sus cuerpos, en los gestos de los niños que los acompañan. Una línea oscura cruza la escena: la sombra de un fusil. Al fondo, un caserío. El hombre roza con los dedos la imagen y suspira.

—¿Dónde ocurrió? —pregunta en voz baja.

El dueño del bar aprieta los labios. Mira hacia la plaza vacía y responde:

—Aquí. Y en todas partes.

Continuará...

Ensayar

Daniel Ripesi

Quién fue el
primer soñador



Sobre la mesa de la cocina el niño despliega el escenario de una confrontación tan inminente como inevitable. Salero agazapado en la colina de un mantel semi arrugado, entre sus pliegues se encuentra también disimulado un tenedor vigía. Hay algunas tapitas de gaseosa en la avanzada y miguitas de pan minando el terreno para impedir el avance enemigo..., tensión, silencio.

El niño observa, contiene la respiración, él también espera. La mesa ha devenido campo de batalla, y es inaplazable el desenlace...

En ese momento llega la madre agotada de hacer las compras, desplaza el “desorden” que permanece todavía sobre la mesa desde el mediodía. Apoya las bolsas. Alguna manzana rueda y golpea al vigía.

La madre rezonga por lo que tuvo que gastar, “Es un escándalo...”, “ya no se puede aguantar...”, desplaza entonces con suavidad al niño de la mesa para poder apoyar bien y ordenar sobre la mesa las compras.

Mundos visibles e invisibles, todos intensos y decisivos, ¿cuál es más real?

Verdaderamente no podemos decidir -frente a cualquier tipo de experiencia- dónde terminan los dominios de la realidad y dónde comienza el vuelo y la trama de la ficción. No podemos decidirlo

porque nosotros mismos -sin ir muy lejos, quien lee estas líneas, y quien las escribe- no estamos fuera de esa incertidumbre, ¿dónde podríamos situarnos para poder evaluar la diferencia?.

¿Hasta dónde somos “realmente” lo que creemos ser?, ¿hasta dónde de lo que imaginan otros...?. Todos recordamos aquel enigmático personaje que Borges evoca en “Las ruinas circulares”, quien noche tras noche, con extraordinario esmero y obstinación se compromete a soñar un hombre.

Con meticulosidad repasa en sus sueños, y corrige de ser necesario, la longitud y curvatura de cada una de sus pestañas, los contornos de sus párpados, las circunvalaciones de su oreja, el calibre ínfimo de cada cabello, etc., etc. Finalmente, el hombre soñado con tanto esmero cobra “realidad”.

Sin embargo, cuando el mítico templo en el que había realizado la proeza empieza a incendiarse, y las llamas lo acorralan al soñador, en el preciso instante en que ya vencido decide entregarse al fuego, descubre con asombro que las llamas lo traspasan sin dañar su cuerpo, como si fuera un fantasma. Y es que descubre en ese preciso instante que él mismo también era el producto del sueño de otro.

Entonces, ¿Todo es ficción?, quienes sostienen esta convicción, no dejan de considerar que la realidad es sólo una contrariedad plena

de insensatez. La realidad se mide, entonces, por los eventuales desajustes o insuficiencias de la ficción que debía sostenerla (y que, llegado el caso, hay que reconsiderar).

Se supone fácilmente que la realidad es el efecto de una desilusión. Pero sería lo mismo afirmar que -en rigor- “todo es realidad”, y que hay que aceptar sus mandatos inapelables sin caer en la tentación de atenuarla con ficciones que la hagan un poco más soportable.

Hay ciertamente puntos intermedios, momentos de intensa negociación y de frágiles conciliaciones. También de dramáticos divorcios. Intentos de evitar dos catástrofes posibles: la de quedar encerrado en los climas y convicciones de una ficción, o en la prudente aceptación de la realidad unánime...

Digamos que hay momentos en que las cosas parecen desprenderse de la consistencia ficcional que, paradójicamente, le otorgan “realidad”, pero, dada esa circunstancia, no se sabe bien si lo que sucede en ese instante es que se diluye el sostén ficcional que le permite al lenguaje nombrarlas y darles el peso de una realidad significativa, o si emerge la potencia inesperada de las cosas mismas, para reivindicar el derecho a que su realidad sea nombrada de otra manera...

En fin, de un modo u otro, la relación ficción- realidad, se mide en general como el producto de una discordancia, pero ¿por qué

pensar necesariamente su relación como la expresión de un desacuerdo y no, por ejemplo, como la experiencia de un “Intervalo”?

Un intervalo, dilatado o breve, que hiciera de sus polos de referencia los extremos inverificables de un espacio “entre”, entre la ficción y la realidad. En ese intervalo -lugar de encuentro con otros- determinar la diferencia realidad-ficción carecería de importancia.

Sería quizás como el intervalo del jugar propio de la infancia, un “dale que” que no desconoce la realidad ni se confunde con la trama ficcional que comanda la experiencia. No hay conflicto, sólo fragilidad y tensión.

Qué condena tener que ordenar las experiencias a partir de la antinomia “realidad-ficción” (ponerlos en ese orden indica un prejuicio). No hay mayor tormento que obstinarse en responder preguntas que no tienen respuesta posible (¿Qué es realidad, qué ficción?). Porque sin duda responder a esta inquietud determina la producción de un delirio, la de afirmar: “esto es ficción, o bien, esto es realidad”).

Ciertamente como lo expresa Juan José Saer¹: “La ficción se mantiene a distancia tanto de los profetas de lo verdadero como de los eufóricos de lo falso”.

Para Saer no habría que poner en equivalencia realidad y verdad, ni tampoco a la ficción con lo falso. En todo caso, para él, despejar

toda impregnación de elementos ficticios no consuma la expresión de una verdad, todo lo contrario, el único modo de plantear una verdad es articulada a una ficción.

Por su parte, David Lapoujade² plantea una circunstancia que complica también pensar el orden de la realidad y el de la ficción, es el hecho de que a menudo se confunde existencia y realidad. El ser efectivo y perdurable, en su forma sustancial e irrevocable para los sentidos, se adjudica al rigor palmario de la realidad, y lo ficcional intangible de la imaginación, lo que “no es”, a la ficción.

Otra equivalencia a destituir. Realidad y ficción no inscriben una oposición de naturaleza, sino que expresan dos modos o grados de existencia.

Acaso ¿no hay fenómenos que de pronto “cobran” realidad, y toman visibilidad justo allí donde nadie lo había visto...?

Comentando a E. Souriau³, Lapoujade plantea que éste autor explora “la variedad de los modos de existencia comprendidos entre el ser y la nada, recorrer el degradé de las existencia incierta de las realidades virtuales. Hay poblaciones enteras de seres que escapan a las alternativas clásicas, ‘presencias especiales’, situadas entre el ser y la nada, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo posible y lo real, el yo y lo no-yo”.

En rigor, la relación realidad-ficción no es, hablando con propiedad, un problema, sino un verdadero misterio.

Y los misterios, como sabemos, imponen un tratamiento muy distinto al que se le dispensa a los problemas, porque los misterios no se resuelven, se tiene o no la capacidad de convivir con ellos y sus delicados enigmas.

Si todo es ficción, elementos aleatorios de una cadena ininterrumpida de sueños, ¿quién fué el primer soñador?. Según narra un antiguo mito de los pueblos originarios de nuestro litoral, andaba el primer hombre y la primera mujer muy ansiosos de que Dios los creara, para lo cual debía soñarlos. Pero como Dios al parecer se mostraba un poco desinteresado de este asunto, y siempre ocupado en otras cosas, ellos mismos decidieron un día soñarlo soñándose, y fue así que lograron finalmente ser creados...

Si todo es realidad, quizás seamos producto de un insomnio prolongado (o de esos intervalos -para retomar una idea anterior-, en los que, como decía Borges, Dios acecha.

Desde otra perspectiva, suponer que la relación realidad-ficción impone el problema de tener que diferenciarlos para evitar penosas confusiones, plantea lo que H. Bergson consideraría un “falso problema”.

Bergson advierte de los inconvenientes que genera el planteamiento de “falsos problemas” (aún más perturbador que las dificultades que suscitan las “falsas soluciones”).

Por ejemplo, poder determinar la presencia en la realidad de un “orden”, y diferenciarlo de lo que merece ser considerado la expresión de un “desorden”, propone un falso problema.

El problema es totalmente inconsistente, porque -como lo aclara Bergson-, lo que se juzga un “desorden” es simplemente un orden que no se esperaba.

Sería otro tópico sobre el que forjar la convicción de tener una respuesta clara e inequívoca (para establecer la diferencia entre “orden” de “desorden”), ha llevado a la humanidad a situaciones de un horror que todos conocemos.

Retomando la inquietud de pensar qué tenía más consistencia de realidad, si el mundo desplegado por el niño en la mesa del comedor, o el mundo de la madre que contrariada deposita sobre ella las bolsas de las compras, podemos concluir que, sin duda no sería muy prudente determinar fehacientemente quién es dueño de la verdad, o bien, quién reconoce mejor la realidad.

¿O habrá que darle la razón a Walter Benjamin cuando reflexiona que la primera experiencia que el niño tiene del mundo no es que “los adultos son más fuertes, sino su incapacidad de hacer magia”.

1 El concepto de ficción, J. J. Saer, Grupo Editorial Planeta, 1918, Argentina.

2 Las existencias menores, David Lapoujade, Ed. Cactus, 2022, Argentina.

3 Etienne Soureau, los diferentes modos de existencia, Ed. Cactus, 2022, Argentina.



Leer-Releer

Rodrigo Nieto

La realidad insoportable: Eliot, Borges y las distopías.

“La humanidad no soporta mucha realidad.”

T.S. Eliot, Cuatro Cuartetos. 1943

como el destino, no se la juzga.”

Esta sentencia de Eliot condensa una verdad profunda y perturbadora: el presente, en su desnudez, suele ser intolerable. La conciencia humana, frágil ante la intensidad de lo real, se refugia en los ecos del pasado o en las promesas —o amenazas— del porvenir. Así, la evasión del presente se convierte en una estrategia existencial, y la literatura, en su forma más radical, en un laboratorio de mundos posibles: utopías que idealizan lo que debería ser, y distopías que advierten lo que podría llegar a ser.

Estas construcciones imaginarias no son meros juegos de la fantasía. Son espejos deformantes que revelan nuestras aspiraciones más íntimas y nuestros temores más oscuros. En este terreno, la obra de Jorge Luis Borges se erige como una exploración filosófica de la relación entre realidad y ficción. Aunque no escribió distopías en el sentido clásico, sus cuentos y ensayos están habitados por universos alternativos que cuestionan, corrompen o directamente sustituyen lo real.

Borges y la distopía como invasión silenciosa

En *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, Borges imagina un mundo ficticio concebido por una sociedad secreta que, poco a poco, comienza a infiltrarse en la realidad. Las ideas de Tlön —más coherentes, más ordenadas— seducen a la humanidad, que, incapaz de soportar la complejidad del presente, acepta la ficción como verdad. Esta es una distopía borgiana: no hay tiranía ni apocalipsis, sino una sustitución sutil y progresiva de lo real por lo imaginado. Como señala Beatriz Sarlo, “Tlön es una metáfora del poder de la cultura para modelar la percepción del mundo.”

En *La biblioteca de Babel*, Borges presenta un universo infinito de libros que contiene todo lo que puede ser dicho. La búsqueda de sentido se vuelve imposible, y el exceso de información destruye el conocimiento. Esta es una distopía epistemológica: el saber se disuelve en la multiplicidad, y el sujeto queda atrapado en un laberinto de posibilidades. Alan Pauls lo resume así: “La biblioteca es una alegoría del caos moderno, donde el exceso de datos impide la comprensión.”

Siguiendo la idea de lo infinito como exceso para el hombre; *El jardín de senderos que se bifurcan* propone una visión del tiempo como una red infinita de decisiones y realidades paralelas. La historia, la identidad y el destino se fragmentan. Esta es una distopía ontológica: el yo se disuelve en la multiplicidad de sus posibles

versiones, y la coherencia narrativa de la vida se rompe. Se puede pensar que Borges convierte el tiempo en un laberinto, y al sujeto en un explorador sin brújula, perdido.

Incluso en relatos como *El milagro secreto*, donde un escritor vive un año completo en un instante detenido del tiempo para terminar su obra, Borges plantea una distopía interior: la mente crea una realidad paralela para escapar del destino. El tiempo subjetivo se impone al tiempo real, y la ficción se convierte en refugio.

La ficción como forma de verdad

En sus ensayos, Borges profundiza esta visión. En *La creación poética*, afirma que la literatura no debe imitar la realidad, sino transformarla. Para él, el acto poético no es una reproducción del mundo, sino una invención que revela nuevas dimensiones. La literatura, entonces, no es un espejo, sino un laberinto que nos lleva a verdades más sutiles.

En *Nueva refutación del tiempo*, propone que el tiempo es una ilusión, una construcción mental. Este ensayo es una de las piezas filosóficas más complejas de Borges. Inspirado por Berkeley y Hume, Borges propone que el tiempo es una ilusión, una construcción mental que no tiene existencia objetiva. Él argumenta que si todos los momentos son repetibles y si nuestras percepciones son fragmentarias, entonces el tiempo no puede ser una realidad

absoluta. Esta idea refuerza su visión de la ficción: si el tiempo es una ilusión, entonces la narrativa —que organiza el tiempo— puede ser más real que la experiencia misma.

Estas reflexiones refuerzan la idea de que Borges no busca representar el mundo, sino desarmarlo para mostrar su fragilidad.

Como él mismo postulaba, la realidad no siempre es probable, o siquiera plausible. Pero la ficción, en cambio, tiene que ser plausible.

Esta paradoja revela que la ficción, al exigir coherencia, puede resultar más convincente que la realidad misma.

La ficción exige coherencia interna, mientras que la realidad puede ser caótica, absurda o contradictoria. Por eso, una buena ficción puede parecer más convincente que la vida misma. Borges juega con esta idea en muchos de sus cuentos, como *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, donde un mundo ficticio termina invadiendo la realidad por su coherencia lógica.

Soportar lo real

Tanto Eliot como Borges reconocen que la realidad es insoportable, pero sus respuestas divergen. Eliot busca una espiritualidad que permita habitar el presente eterno; Borges, en cambio, cons-

truye ficciones que revelan la ambigüedad de lo real. Ambos coinciden en que la verdad no reside en lo evidente, sino en lo imaginado, lo recordado o lo soñado.

La cita de Eliot no sólo expresa una verdad poética, sino que ilumina una constante en la obra de Borges: la necesidad de crear mundos alternativos para soportar el peso de lo real. Las “distorpias borgeanas” no son escenarios apocalípticos, sino sutilezas filosóficas que revelan cómo la ficción puede invadir, corromper o incluso sustituir la realidad. En ese cruce entre literatura y pensamiento, Borges nos advierte que la verdad puede ser una construcción, y que la realidad, tal como la conocemos, puede ser apenas una versión entre muchas.





Celebrar

El 29 de agosto, la revista Rinoceronte salió por un instante de su mundo digital y se hizo presente en la Casa de la Cultura de la Fundación Medifé, corporizándose en el encuentro con otros. Fue un momento de encarnadura: la palabra tomó cuerpo, la lectura se volvió gesto, mirada, voz compartida.

Compartimos aquí algunas fotos y palabras que quedaron de ese momento, junto con el texto de bienvenida que generosamente nos ofreció *Luis Gusmán*.

En esta travesía que es Rinoceronte, donde la lectura se afirma como resistencia y brújula, queremos detenernos un instante para agradecer. Porque también leer es saber detenerse, mirar con atención, y decir gracias.

Gracias a Diego Peller, por sus palabras cálidas y hondas, que reconocen en nuestra revista la huella de una tradición literaria argentina que no se extingue, sino que se transforma y persiste. Su mirada supo captar la convicción que nos sostiene: esa fragilidad que no es debilidad, sino potencia. Porque resistir desde la literatura es también aceptar lo quebradizo, lo incierto, lo que se escribe sin garantías pero con deseo.

Gracias a Chiara Ripesi, cuya voz nos regaló un cierre de lujo, como quien canta al borde del abismo y convierte el vértigo en belleza. Su presencia fue más que un broche: fue una invitación a seguir leyendo, a embestir con palabras, a dejarnos llevar por esa música que nos recuerda que aún hay caminos por recorrer.

Y un agradecimiento especial a todo el staff de Casa Fundación Medifé, a Daniela Gutiérrez y a Mariana Trocca, por su generosidad y apoyo incondicional. Gracias por abrirnos las puertas, por ofrecernos un espacio donde Rinoceronte pudo tomar voz, imagen, y hacer sentir la potencia de su embestida. Porque también resistir es encontrar lugares donde la palabra pueda habitar, sonar, y ser compartida.

A quienes nos acompañaron en esta presentación, gracias por ser parte de esta manada que no teme al desvío ni al silencio. Seguimos leyendo. Seguimos resistiendo.



Revistas literarias

Es seguro que hay una historia de lo que se “cifra en el nombre” de cada revista literaria que con su publicación interviene en el campo en que se va a situar.

En este caso se trata de la revista digital: Rinoceronte. Podemos comenzar con un bestiario.

Entre nosotros las revistas: El escarabajo de oro, El grillo de papel, dirigidas por Abelardo Castillo y Liliana Hecker.

En la revista rosarina: Setecientos monos ya estaban dos amigos, Nicolas Rosa y Juan Martini.

La revista Literal surge y se mezcla y diferencia por una política de lectura y escritura que trata de diferenciarse del realismo imperante sostenido por lo referencial.

El nombre de la revista Sitio entre muchas otras cuestiones, no sólo refería a un “estado de sitio real y cultural” sino a que fue hecha en este sitio donde vivíamos. Y el Sitio desde donde discutíamos con el campo de la política cultural imperante, escribiendo en una lengua política para desplegar una política de la lengua.

El ojo mocho y Punto de vista, aluden en sus títulos a una mirada y una toma de posición de intervenir en el campo de una política de la cultura. Una tapa de la revista: El ojo mocho se titulaba bajo la forma de una pregunta: ¿Qué significa discutir? Por supuesto que con esa revista en determinado momento encontramos un interlocutor digno para discutir.

Bienvenido el pasaje de la revista Rinoceronte digital, a su presentación pública. Me remite a Papeles del recién venido, al Grillo de papel.

Hacer una revista como Diatribas que surgió en el 2001 y que retorna en el 2025, es que a veces un género, si se lo puede llamar así, es la manera de introducir por esa dignidad ética del estilo, una diferencia en un territorio intervenido y demasiado conquistado.

He escrito o publicado en otras revistas que me gustan, donde sus títulos son ya una manera de situarse en un campo: Pie de Página, Escrita.

Las revistas tienen en su título, una dirección y una inserción territorial. Sur, Proa, Contorno, Sitio. Basta citar un párrafo de Borges que retrospectivamente se refiere a la revista Proa: sus “tres hojas eran desplegadas como ese espejo triple que hace movediza y variada la gracia inmóvil de la mujer que refleja. Para nuestro sentir, los versos contemporáneos eran entonces inútiles, incauciones gastadas y nos urgía la ambición de traer una nueva”.

Me gusta la afirmación borgeana, porque pone en movimiento la escritura y la lectura cuando se ocupa de las “incauciones gastadas”, de la lengua y la lectura. Y también una urgencia y una ambición para intervenir en la discusión, y des adueñar las incauciones gastadas.

Para una “historia” de las revistas literarias, este texto es demasiado breve; para una bienvenida, demasiado extenso.

Luis Gusmán

Lo inútil que arde

No buscamos salvar nada,
ni cambiarlo todo.
Solo dejar una marca,
aunque efímera,
aunque inútil.
Porque lo inútil, a veces,
es lo que arde.
Lo que insiste.
Lo que sostiene.
Y en ese estar —mínimo,
frágil,
compartido—
se abre un espacio.
No para durar,
sino para decir:
Aquí estuvimos.
Aquí pensamos.
Aquí soñamos.

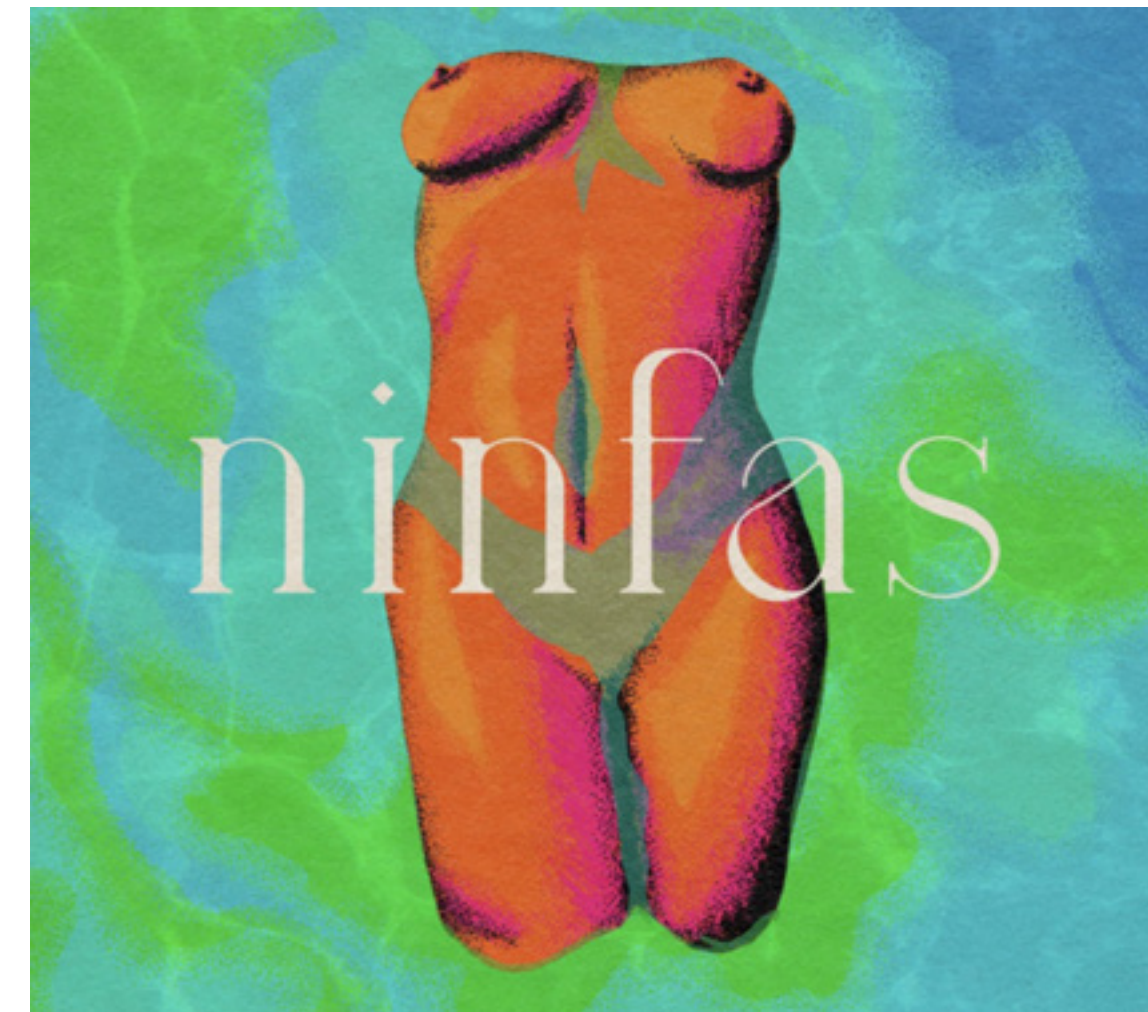
Rodrigo Nieto (2025)

La Yapa

Payasos del pueblo. *Luis Gusmán* | Perfil

Hace apenas unas semanas, en el Espacio Memoria y Derechos Humanos de la ex-ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) y en el marco de la primera Feria del Libro de Derechos Humanos, tuvo lugar la mesa titulada “Mundos imaginarios. Mundos reales”, en la que sus participantes –Lucio Greco, Juan Diego Incardona y Luis Gusmán, con la moderación de Raquel Robles– reflexionaron sobre límites y alcances de la ficción como instrumento de denuncia. De manera exclusiva, reproducimos lo más relevante de la exposición de Gusmán, enfocada en los conceptos de utopía y distopía, y un anclaje con “Fahrenheit 451”, obra central de Ray Bradbury.

Chiara Ripesi. [instagram.com/chala_____](https://www.instagram.com/chala_____)





nos vemos en el
número 7

www.rinoceronte.com.ar

contacto@rinoceronte.com.ar

 [@revista.rinoceronte](#)

 [@rinoceronterevista](#)